

Artículo de opinión



CEINASEG

Conectamos ideas, transformamos el mundo

La doctrina de hierro:

poder, presión y el desgaste del eje Venezuela-Cuba-Nicaragua

Escrito por:

Fernando Javier Tapia Blandón

05 de junio de 2026

La doctrina de hierro: poder, presión y el desgaste del eje Venezuela-Cuba-Nicaragua

Fernando Javier Tapia Blandón*

Resumen

El artículo analiza la evolución del eje político conformado por Venezuela, Cuba y Nicaragua en el contexto de la competencia geoestratégica hemisférica, centrándose en el papel de las doctrinas de seguridad estadounidenses y su adaptación a dinámicas contemporáneas de confrontación multidominio. A partir de un enfoque que combina elementos históricos —desde la Doctrina Truman hasta la Doctrina Reagan— con marcos conceptuales como la denominada “Modern Warfare”, el estudio examina cómo las estrategias de presión económica, diplomática y tecnológica han influido en la resiliencia y el desgaste de estos regímenes. Asimismo, se evalúan las diferencias entre políticas de engagement y estrategias de máxima presión en distintas administraciones estadounidenses, destacando sus efectos sobre la estabilidad interna y las alianzas del eje. El trabajo incorpora un análisis prospectivo sobre posibles escenarios de transición en Venezuela, Cuba y Nicaragua, subrayando que la reconfiguración del equilibrio regional no implica necesariamente una consolidación democrática, sino la apertura de un espacio de disputa entre actores internos y externos. En conjunto, el artículo contribuye al debate sobre la eficacia y los límites de la presión multidominio como instrumento de política exterior en América Latina.

Palabras clave

Doctrina Trump; seguridad hemisférica; Venezuela; Cuba; Nicaragua; presión multidominio

*Analista de CEINASEG. Máster en Diseño, Gestión y Dirección de Proyectos, especialización en Cooperación Internacional de la Universidad Europea del Atlántico; Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad del Valle de Nicaragua, con experiencia en el análisis Geopolítico y Geoestratégico, Diplomacia Económica de China y Estados Unidos, Cooperación y Diplomacia de Defensa; ha formado parte de varios Centros de Investigación y Thinks Tanks de América Latina y España.



Imágenes: mural del Che Guevara en Cuba; bandera del Frente Sandinista y retrato de Monroe (s. XIX).

Introducción

El eje político conformado por Cuba, Venezuela y Nicaragua se ha consolidado como uno de los bloques más persistentes del hemisferio occidental en la mira geoestratégica. Su origen se encuentra en la convergencia histórica de proyectos revolucionarios, afinidades ideológicas y dinámicas de resistencia frente a la influencia estadounidense.

La relación conflictiva entre estos Estados y Estados Unidos se remonta a la Guerra Fría, cuando Washington adoptó la visión de la Doctrina Truman en su política de seguridad hemisférica basada en la contención del comunismo y la preservación del orden interno en América Latina, mediante la Doctrina de Seguridad Nacional, que priorizaba la estabilidad política y la lucha contra “enemigos internos” vinculados a la Unión Soviética (Leal Buitrago, 2003).

Durante este periodo, América Latina se convirtió en un escenario central de la confrontación Este-Oeste, donde Estados Unidos intervino directa e indirectamente para impedir la expansión de movimientos revolucionarios y gobiernos afines al socialismo. La reinterpretación de la Doctrina Monroe bajo el marco de la contención reforzó la percepción de que la región debía permanecer bajo la esfera de influencia estadounidense (Ricardo, 2025).

Es en este contexto cuando la Revolución Cubana de 1959 inauguró una relación de antagonismo estructural con Washington, que se mantuvo como un eje constante de la política exterior estadounidense durante décadas y que históricamente es considerada una de las tensiones que marcaron el rumbo estratégico, tal fue el caso del involucramiento cubano en el proceso de la Revolución Popular Sandinista entre mediados de 1979 hasta finales de 1989, cuya proyección pretendía expandir a Centroamérica como una región clave para el avance del comunismo.

El surgimiento del eje Cuba-Venezuela-Nicaragua en el siglo XXI responde a la rearticulación de estas dinámicas históricas. La llegada de Hugo Chávez al poder en el año 1999 permitió la formación de una alianza estratégica con la Cuba de Fidel Castro, mediante la cooperación energética, asistencia militar y convergencia ideológica, llevó al surgimiento de un fenómeno que alteró el equilibrio de influencia con la llegada al poder de gobiernos progresistas o de carácter socialista.

Mediante el apoyo político e ideológico permitió el retorno en Nicaragua del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), bajo el liderazgo de Daniel Ortega, en el año 2007, lo que conllevó al nacimiento de un eje generacional. En efecto, mientras la Venezuela de Hugo Chávez representaba el nuevo modelo socialista, la Nicaragua de Daniel Ortega representaba ser el alumno graduado de la escuela comunista de la Cuba de Fidel Castro.

El ascenso y retorno de Ortega completó la configuración de un bloque político que buscaba contrarrestar la hegemonía estadounidense y promover un modelo alternativo de gobernanza autoritaria camuflada como democrática, con el llamado Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), y el apoyo de actores extra hemisféricos (Rusia, China e Irán) incrementó la percepción de amenaza en Washington.

Desde la visión estratégica de la política de seguridad estadounidense, estos regímenes han sido interpretados como focos de inestabilidad y como plataformas para la proyección de intereses adversarios en el hemisferio. En estudios recientes destacan que, tras la Guerra Fría, Estados Unidos mantuvo un discurso hegemónico orientado a preservar su primacía regional y limitar la influencia de actores rivales en América Latina (Neila Hernández & Kosevich, 2023).

Esta visión se intensificó durante la primera Administración Trump en momentos de como la crisis de abril de 2018 en Nicaragua, así como, las tensiones con Venezuela en 2019, cuando la retórica oficial de la Administración Trump mediante el Asesor de Seguridad John Bolton, reafirma que el eje Venezuela-Cuba-Nicaragua es el “triángulo de la tiranía” en el continente Americano y que representa una amenaza directa a la seguridad hemisférica (Calloni, 2019).

Por lo antes expuesto, analizar la evolución del conflicto por el balance de poder entre Washington y el “triángulo de la tiranía”, representaría la lógica de la teoría de la Modern Warfare, caracterizada por la integración de presión económica, operaciones informativas, ciberacciones y acciones militares, ha acelerado el desgaste del eje Venezuela-Cuba-Nicaragua.

Asimismo, la Doctrina Trump plasmada en los principios de la nueva Doctrina de Seguridad Nacional, genera una intensificación de la estrategia estadounidense de contención y presión multidimensional sobre regímenes considerados adversarios, así como, objetivo principal es comprender cómo la interacción entre factores históricos, doctrinas de seguridad y dinámicas de guerra híbrida contribuye al declive estructural de este bloque autoritario y a la reconfiguración del equilibrio de poder en el hemisferio occidental a favor de los intereses de Washington.

Modern Warfare 5.0 y su relación con las doctrinas de seguridad estadounidenses

La *Modern Warfare* se entiende como un modelo de confrontación multi-dominio que combina presión económica, operaciones informativas, ciberacciones, sanciones financieras y restricciones tecnológicas para debilitar a un adversario sin recurrir a la guerra convencional.

Este enfoque se integra en la Doctrina de Seguridad de Estados Unidos, que desde el fin de la Guerra Fría amplió el concepto de amenaza para incluir actores estatales y no estatales capaces de desafiar la primacía estadounidense mediante herramientas híbridas y asimétricas (Nye, 2011).

En este sentido, la *Modern Warfare* funciona como un instrumento que permite ejercer poder coercitivo sin intervención militar directa, adaptándose a un entorno internacional donde la competencia estratégica se desplaza hacia dominios no convencionales. Durante la primera administración Trump (2017–2021), la Modern Warfare se articuló a través de una política de “máxima presión” dirigida a erosionar las capacidades de regímenes considerados adversarios.

Con el retorno de la Administración Trump en el año 2025, este enfoque adquiere un carácter más doctrinal, articulado en lo que diversos analistas denominan una Doctrina de Hierro, centrada en la presión sostenida y la contención estratégica. Esta doctrina intensifica el uso de sanciones, bloqueos y diplomacia coercitiva para acelerar el desgaste interno del eje Venezuela-Cuba-Nicaragua.

La *Modern Warfare 5.0* se convierte así en un instrumento estructural de la política exterior estadounidense, orientado a debilitar regímenes autoritarios mediante la erosión progresiva de sus capacidades económicas, informativas y tecnológicas (Kofman & Rojansky, 2015). Algo que desde la Doctrina Reagan constituye un antecedente directo de este enfoque, en la década de 1980, dicha doctrina promovió el apoyo político, financiero y militar a movimientos anticomunistas con el objetivo de debilitar a gobiernos aliados de la Unión Soviética.

Su principio central era revertir la influencia adversaria, no solo contenerla (Brands, 2016), en América Latina, esta doctrina se aplicó especialmente en Nicaragua y Centroamérica, donde Estados Unidos respaldó a fuerzas opositoras para limitar la expansión del socialismo revolucionario que pretendía expandir la Revolución Sandinista, aunque la *Modern Warfare 5.0* no utiliza intervención militar directa, comparte con la Doctrina Reagan la lógica de desgaste estratégico y la búsqueda de debilitar regímenes hostiles mediante presión sostenida.

Algo que conlleva generar un paralelismo con la Doctrina Truman, para comprender esta lógica estratégica que subyace a la *Modern Warfare*. La Doctrina Truman estableció en el año 1947 el principio de contención frente a la expansión soviética, utilizando asistencia económica, presión diplomática y alianzas para limitar la influencia de un adversario sistémico (Gaddis, 2005).

La *Modern Warfare* y la Doctrina Trump reproducen esta lógica en el siglo XXI: ambas buscan impedir la expansión de modelos políticos rivales, fortalecer aliados regionales y preservar la primacía estadounidense en zonas estratégicas. La diferencia radica en los medios: mientras Truman operaba en un entorno bipolar con herramientas tradicionales de poder, la *Modern Warfare* actúa en un escenario multipolar donde la contención se ejerce mediante instrumentos tecnológicos, financieros e informativos.

El entorno *permisivo* bajo Obama y Biden

Las administraciones de Barack Obama y Joe Biden adoptaron un enfoque de *engagement* hacia Cuba, Venezuela y Nicaragua, basado en la premisa de que la apertura diplomática y la flexibilización de sanciones podían inducir cambios graduales en los regímenes autoritarios. En el caso de Cuba, con el restablecimiento de relaciones diplomáticas en el año 2014 y la flexibilización de restricciones económicas generaron un margen de maniobra que fortaleció al aparato estatal cubano, permitiéndole recomponer alianzas internas y asegurar recursos críticos para su supervivencia política, entre el periodo de finales de 2014 a finales de 2016, diversos estudios señalaban que esta política redujo la presión externa y permitió la consolidación del control político del régimen (LeoGrande & Kornbluh, 2015).

En Venezuela, la política de Obama se caracterizó por sanciones selectivas y un enfoque multilateral que evitó medidas de presión estructural. Esto permitió al régimen de Maduro reorganizar su coalición interna, reforzar la alianza cívico-militar y profundizar su dependencia de actores extrarregionales como Rusia e Irán, si bien se recuerda que, durante el segundo período de la Administración Obama, se declaró una amenaza a la Seguridad Nacional de Estados Unidos para el régimen de Maduro.

Fue durante la Administración Biden que se mantuvo la misma línea, al priorizar negociaciones y alivios condicionados que, en la práctica, otorgaron tiempo político al régimen para recomponer su estructura de poder y neutralizar a la oposición. Posteriormente, al final de la Administración Biden, se destacan investigaciones sobre la aproximación que contribuyó a la estabilidad interna del chavismo al reducir los costos externos de su comportamiento autoritario (Smilde, 2021).

En el caso de Nicaragua, la respuesta estadounidense fue igualmente gradual, lo que permitió al régimen Ortega-Murillo consolidar un modelo de represión sistemática sin enfrentar una presión internacional decisiva. Es durante la Administración Biden que se permitió visualizar las primeras sanciones limitadas y prudentes que generaron un entorno donde el régimen pudo fortalecer su aparato coercitivo y neutralizar a la oposición sin enfrentar consecuencias estratégicas significativas.

La primera administración Trump (2017–2021): redefinición de la presión estratégica

La primera administración de Donald Trump introdujo un cambio significativo en la política estadounidense hacia Cuba, Venezuela y Nicaragua, al abandonar el enfoque de compromiso gradual de la era Obama y adoptar una estrategia de presión más directa.

La Estrategia de Seguridad Nacional de 2017 clasificó explícitamente a estos tres gobiernos como “regímenes autoritarios que socavan la estabilidad regional”, lo que justificó un uso ampliado de sanciones financieras, restricciones energéticas y medidas de aislamiento diplomático como instrumentos de seguridad nacional (White House, 2017). En dicho documento marcó un giro doctrinal al situar al triángulo socialista dentro de un marco de amenazas hemisféricas vinculadas a la presencia de actores extra hemisféricos como Rusia, China e Irán.

En el caso de Venezuela, la Administración Trump implementó sanciones petroleras y financieras de gran alcance, dirigidas tanto al Estado como a la empresa estatal PDVSA. Dichas medidas buscaban limitar la capacidad del régimen para acceder a divisas, financiar su aparato de seguridad y sostener alianzas internacionales.

Diversos análisis señalan que estas sanciones representaron el mayor esfuerzo de presión económica aplicado por Estados Unidos en América Latina desde la Guerra Fría (Hausmann & Muci, 2019). La política hacia Venezuela se articuló además con una estrategia diplomática multilateral que buscó aislar al régimen en la OEA y promover el reconocimiento internacional de la oposición a la vez que provocar una de las mayores crisis de los últimos 20 años con la eventual crisis presidencialista, la hiperinflación de la economía venezolana y la crisis migratoria con el éxodo de millones de venezolanos.

En Cuba, la Administración Trump revirtió parcialmente el proceso de normalización iniciado por Obama, restableciendo restricciones de viaje, limitando transacciones financieras y reforzando la aplicación del Título III de la Ley Helms-Burton. Estas medidas tenían como objetivo reducir los ingresos del Estado cubano y limitar su capacidad para sostener alianzas estratégicas con Venezuela y Nicaragua.

Estudios sobre este periodo destacan que la política de Trump hacia Cuba se basó en una visión de contención ampliada, donde la presión económica se consideraba un instrumento para debilitar la proyección regional del régimen (Piccone, 2018). El caso de Nicaragua será recordado cuando la Administración Trump impulsó sanciones dirigidas a altos funcionarios, instituciones financieras y empresas vinculadas al régimen Ortega-Murillo. Estas acciones se enmarcaron en la Ley NICA Act del año 2018, que restringió el acceso del gobierno nicaragüense a financiamiento internacional en respuesta a los acontecimientos de abril de 2018 que marcó el inicio de la crisis sociopolítica. La postura de la política exterior hacia Nicaragua reflejó la percepción de que el país se había convertido en un nodo de inestabilidad regional y en un punto de entrada para la influencia rusa en Centroamérica (Farah, 2019).

En conjunto, la primera administración Trump consolidó un enfoque de presión estratégica multidominio, coherente con los principios de la *Modern Warfare*, al combinar sanciones económicas, aislamiento diplomático, restricciones tecnológicas y coordinación con aliados regionales. Este enfoque no buscaba inducir reformas graduales, sino erosionar las capacidades estructurales de los regímenes del eje Venezuela-Cuba-Nicaragua, sentando las bases para la intensificación doctrinal que caracterizaría su segunda administración.

Segunda Administración Trump (2025) y la reconfiguración de la presión estratégica

La segunda Administración Trump introdujo un giro doctrinal más profundo que su primer mandato, al reinterpretar el eje Venezuela-Cuba-Nicaragua como una amenaza sistémica vinculada a la penetración estratégica de China, Rusia e Irán en el hemisferio occidental. Esta visión se apoyó en análisis de seguridad que advertían sobre la creciente presencia de infraestructura tecnológica china, cooperación militar rusa y redes financieras iraníes en la región (Ellis, 2023). Bajo esta premisa, la administración adoptó un enfoque de presión integral, coherente con la lógica de la *Modern Warfare*, que combina sanciones amplificadas, bloqueo tecnológico, operaciones informativas y diplomacia coercitiva; estudios señalan que esta estrategia buscó no inducir reformas graduales, sino acelerar el desgaste estructural de los regímenes autoritarios mediante la erosión simultánea de sus capacidades económicas, energéticas y militares (Kofman & Rojansky, 2015).

En este contexto, la política hacia Venezuela se convirtió en el eje central de la estrategia hemisférica; la Administración Trump reforzó sanciones petroleras, limitó el acceso del régimen a sistemas financieros internacionales y coordinó acciones multilaterales con gobiernos aliados. Informes de centros de investigación especializados en seguridad regional destacan que esta presión sostenida debilitó la cohesión interna del aparato cívico-militar venezolano y redujo su capacidad de sostener alianzas externas (Farah & Yates, 2024).

La estrategia hacia Cuba y Nicaragua siguió una lógica similar, intensificando restricciones financieras y tecnológicas para limitar su margen de maniobra y su capacidad de proyectar influencia regional. Esta reinterpretación elevó el estatus del triángulo socialista dentro de la Estrategia de Seguridad Nacional del año 2025, situándolo como un desafío directo a la primacía estadounidense.

En este contexto, la Administración Trump aplicó una estrategia de presión integral, coherente con la lógica de la *Modern Warfare*: sanciones financieras amplificadas, bloqueo tecnológico, aislamiento diplomático, operaciones informativas y coordinación con aliados regionales para limitar el margen de maniobra de los regímenes.

Este enfoque no buscaba inducir reformas graduales, sino acelerar el desgaste interno de los gobiernos autoritarios mediante la erosión de sus capacidades económicas, energéticas y militares, teniendo como resultado un entorno de presión sostenida que debilitó simultáneamente a los tres regímenes, pero especialmente a Venezuela, donde la crisis estructural ya era más profunda.

El rol estratégico de Marco Rubio en la presión diplomática

Sin duda la figura del senador Marco Rubio ha desempeñado un papel central en la formulación y ejecución de la política estadounidense hacia el triángulo socialista, actuando como un operador doctrinal dentro del Congreso y como enlace político con la comunidad cubano-venezolana-nicaragüense en la Florida. Su influencia fue determinante para consolidar el consenso legislativo en torno a la necesidad de una política más firme hacia Venezuela, Cuba y Nicaragua.

Su visión sobre la política exterior estadounidense hacia América Latina ha perfilado al secretario Rubio, quien fue uno de los principales arquitectos de la agenda de sanciones, promoviendo medidas dirigidas a sectores estratégicos como energía, finanzas y seguridad (Hudson Institute, 2022). Rubio también articuló esfuerzos entre la Casa Blanca, el Departamento de Estado y gobiernos aliados en la región, impulsando iniciativas multilaterales para aislar diplomáticamente a los regímenes autoritarios.

Su insistencia en sanciones petroleras, restricciones financieras y presión coordinada contribuyó a debilitar la estructura económica y militar del chavismo; su liderazgo de la política exterior permite analizar que la presión acumulada fue un factor clave en la fractura interna que culminó en la caída del régimen de Maduro en enero de 2026, al reducir su capacidad de financiamiento y erosionar la cohesión de su coalición de poder (Council on Foreign Relations, 2025).

En términos estratégicos, Rubio funcionó como un vector de traducción doctrinal, transformando la visión de la Doctrina de Hierro en acciones concretas de presión internacional, imposibilitando no comparar su liderazgo diplomático con figuras como el exsecretario de Estado Henry Kissinger con la práctica de la detente durante la década de los 70.

El inicio del colapso del triángulo Venezuela–Cuba–Nicaragua

El colapso del triángulo socialista comenzó con la caída de Nicolás Maduro en enero de 2026, un evento que reconfiguró el equilibrio geopolítico del Caribe y marcó la aplicación efectiva del corolario trumpista de la Doctrina Monroe. La extracción del mandatario venezolano por parte de la Delta Force fue descrita como un “hito histórico” que modificó el mapa político regional y evidenció la entrada en vigor de una estrategia hemisférica de presión integral (Santos, 2026). Este acontecimiento no solo significó el fin de un régimen autoritario, sino la ruptura del pilar energético, financiero y diplomático que sostenía a Cuba y Nicaragua.

El impacto fue inmediato, al punto de que analistas regionales señalaron que la captura de Maduro “trasciende la caída de un dictador” y constituye un evento de impacto sistémico que altera la arquitectura de alianzas del Caribe (Burón et al., 2026). La desaparición del liderazgo chavista dejó a La Habana y Managua sin su principal sostén externo, debilitando su capacidad de resistencia frente a la presión internacional.



ALBA TCP



Imágenes: llegada de Nicolás Maduro a Nueva York tras su captura por fuerzas estadounidenses (Stringer, EFE, 2026); logo del ALBA; acercamiento del primer consejo de Ministros de Delcy Rodríguez, nueva presidenta encargada en Caracas, junto a Vladimir Padrino López, en su momento Ministro de Defensa, y Diosdado Cabello, Ministro de Interior (Presidencia de la República, 2026).

La caída de Maduro también reveló la fragilidad estructural del eje, cuya cohesión dependía más de la capacidad venezolana de financiar alianzas que de una integración institucional sólida. Además, la operación estadounidense demostró que la presión económica, tecnológica, diplomática e informativa permitió desarticular regímenes autoritarios interconectados. La Doctrina Trump, en su segunda administración, logró lo que décadas de sanciones parciales no habían conseguido: romper el equilibrio interno del chavismo y generar un efecto dominó sobre sus aliados.

Este precedente redefinió la percepción de amenaza en el hemisferio y consolidó la idea de que la contención activa podía revertir proyectos autoritarios. Finalmente, el colapso del triángulo evidenció la incapacidad del ALBA para sostenerse sin Venezuela; La alianza nacida como una integración del Socialismo del Siglo XXI, quedará como plataforma ideológica y económica para contrarrestar la influencia estadounidense en el pasado, perdió su principal motor con la caída de la Venezuela chavismo y perder a su proveedor energético y financiero, con Cuba y Nicaragua sometidas a presión internacional, el ALBA dejó de tener capacidad operativa y estratégica (Radio Santiago, 2026).

La caída de Maduro y la reconfiguración del poder venezolano

Tras la salida de Maduro, el poder fue asumido por los hermanos Delcy y Jorge Rodríguez, quienes adoptaron una postura pragmática orientada a estabilizar el país y reconstruir relaciones internacionales.

La nueva dirigencia reconoció que la supervivencia del Estado requería una relación funcional con Washington, lo que abrió un espacio para negociaciones bilaterales centradas en la recuperación económica, la reinstitucionalización y la cooperación energética. La caída de Maduro demostró que la presión internacional coordinada podía modificar el equilibrio interno de regímenes autoritarios interconectados (Burón et al., 2026).

La transición venezolana también envió un mensaje claro a otros regímenes autoritarios: la presión sostenida podía generar fracturas internas irreversibles. Asimismo, la reconfiguración del poder venezolano permitió a Estados Unidos reposicionar su influencia en el Caribe y Sudamérica; mediante la cooperación energética y de seguridad con el nuevo gobierno fortaleció la presencia estadounidense en la región y debilitó la penetración de actores extra hemisféricos como Rusia e Irán, marcando este cambio estratégico consolidó la victoria de la Doctrina Trump en su objetivo de restaurar la primacía estadounidense en el hemisferio.

Finalmente, la transición venezolana abrió un espacio para la reinserción del país en organismos multilaterales y para la reconstrucción de alianzas regionales. La salida de Maduro permitió desactivar tensiones diplomáticas y facilitó la cooperación internacional en temas como migración, seguridad fronteriza y recuperación económica; este proceso reforzó la percepción de que la caída del chavismo era un punto de inflexión para la estabilidad hemisférica.

La nueva postura de presión hacia Cuba

La caída de Maduro generó un efecto dominó sobre Cuba, cuya economía dependía críticamente del petróleo venezolano y de los acuerdos de cooperación bilateral. Desde La Habana, la caída del régimen venezolano fue percibida como una amenaza directa a la estabilidad interna, pues cualquier fisura en Caracas “amenaza con un derrumbe del régimen en esta orilla” (Hernández, 2026).

La administración estadounidense intensificó su presión diplomática y económica, articulando una estrategia que combinaba sanciones específicas, aislamiento internacional y la apertura de canales discretos de negociación orientados a una transición pactada. La presión sobre Cuba se centró en inducir al gobierno a aceptar un proceso de transición supervisado, con garantías para actores internos y externos.

La comunidad internacional reforzó esta postura, destacando la necesidad de reformas políticas graduales y de la restauración de libertades civiles. Con el auge de la crisis energética y alimentaria en la isla, agravada por la pérdida del apoyo venezolano, aumentó la presión social y debilitó la capacidad del régimen para sostener su aparato de control.

Además, la caída de Maduro debilitó la narrativa revolucionaria cubana, que durante décadas había utilizado la alianza con Venezuela como prueba de su capacidad de resistencia frente a Estados Unidos. La pérdida de ese aliado estratégico obligó al régimen a replantear su política exterior y a buscar nuevas fuentes de legitimidad interna.

Este proceso abrió un espacio para negociaciones discretas con Washington y para la posibilidad de una transición pactada; finalmente, la presión internacional sobre Cuba se intensificó a través de organismos multilaterales y de gobiernos democráticos que exigieron reformas políticas y respeto a los derechos humanos. La combinación de presión externa y crisis interna colocó al régimen cubano en una posición de vulnerabilidad sin precedentes desde el período especial.

La presión escalonada sobre Nicaragua

Nicaragua se convirtió en el último eslabón del triángulo y, por tanto, en el objetivo final de la estrategia de presión hemisférica. Con Venezuela fuera del eje y Cuba debilitada, el régimen Ortega-Murillo perdió respaldo financiero, logístico y diplomático; la comunidad internacional intensificó su presión, denunciando violaciones sistemáticas de derechos humanos y promoviendo sanciones multilaterales. En recientes informes académicos subrayan que la caída de Maduro dejó a Nicaragua expuesta y sin capacidad de sostener su modelo autoritario sin apoyo externo (Forbes Centroamérica, 2026).

El régimen de Managua enfrenta tres escenarios posibles: una transición pactada, sucesión interna o colapso abrupto, según un análisis del Centro de Estudios Transdisciplinarios de Centroamérica (14ymedio, 2026). La presión internacional buscó evitar un colapso desordenado que generara inestabilidad regional, privilegiando una salida negociada similar a la que se promovía en Cuba.

La falta de apoyo venezolano debilitó la capacidad del régimen para sostener su aparato represivo y para financiar su estructura de poder. Además, la presión diplomática coordinada entre Estados Unidos, la OEA y la Unión Europea aumentó el aislamiento internacional del régimen Ortega-Murillo. La presión de la Administración Trump a través del Departamento de Estado ha hecho un llamado exigiendo la liberación de presos políticos y reformas institucionales como condiciones para cualquier alivio de sanciones; este tono colocó al régimen en una posición de vulnerabilidad creciente.

Finalmente, la caída de Maduro y el debilitamiento de Cuba dejaron a Nicaragua sin aliados estratégicos capaces de sostener su modelo autoritario; la presión externa converge y aumenta el tono de presión, con las nuevas sanciones económicas a figuras clave para generar un escenario de transición inevitable, aunque aún incierto en sus formas y tiempos.

La eventual victoria de la Doctrina Trump sobre el eje

La “victoria” de la Doctrina Trump sobre el “triángulo de la tiranía” representa un cambio estructural en la geopolítica hemisférica. En el plano estratégico, demostró que la presión multidominio-económica, tecnológica, diplomática e informativa puede desarticular regímenes autoritarios interconectados.

El éxito de la “Operación Absoluta”, que llevó a la caída de Maduro, consolidó la idea de que la contención activa puede revertir proyectos autoritarios y limitar la penetración de potencias extra hemisféricas en el Caribe. En el plano regional, el colapso del eje debilitó la arquitectura autoritaria del Caribe, redujo la capacidad de coordinación entre regímenes afines y abrió espacios para transiciones políticas supervisadas. La región pasó de un equilibrio de resistencia autoritaria a un escenario de apertura negociada.

La caída del ALBA como bloque geopolítico marcó el fin de un proyecto que durante dos décadas desafió la primacía estadounidense en el hemisferio; en el plano doctrinal, la Doctrina Trump se posiciona como la reinterpretación más efectiva de la Doctrina Monroe en el siglo XXI. Su aplicación exitosa sobre el triángulo socialista refuerza la idea de que la seguridad hemisférica depende de limitar la influencia de actores adversarios y de promover transiciones políticas en regímenes autoritarios.

El final del régimen de Maduro se convirtió en el símbolo de esta victoria doctrinal. Finalmente, la victoria de la Doctrina Trump envió un mensaje claro a otros regímenes autoritarios del hemisferio: la presión sostenida, coordinada y multidominio puede generar fracturas internas irreversibles. Este precedente redefine el equilibrio de poder en América Latina y consolida la primacía estadounidense en el Caribe y Centroamérica.

Escenarios prospectivos tras el colapso del eje Venezuela-Cuba-Nicaragua

Venezuela: entre transición tutelada y reconfiguración del chavismo:

En el corto plazo, Venezuela se mueve entre una transición política tutelada y una reconfiguración controlada del chavismo. La captura de Maduro abrió un escenario de alta incertidumbre, donde el nuevo liderazgo de los hermanos Rodríguez oscila entre aceptar una apertura negociada y reconstruir un autoritarismo “racionalizado” bajo tutela externa (Mansilla, 2026; France 24, 2026). La presencia de Estados Unidos como actor decisivo en la fase post Maduro convierte a Venezuela en un laboratorio de poder, soberanía y estabilidad, donde se ponen a prueba los límites de la Doctrina Trump aplicada a un Estado en transición (Mansilla, 2026).

Un primer escenario es el de una transición pactada, con reformas institucionales, elecciones supervisadas y reinserción internacional gradual. Un segundo escenario es el de un autoritarismo adaptado, donde el chavismo se recicla bajo nuevas élites, manteniendo el control de los aparatos de seguridad y recursos estratégicos. Un tercer escenario, menos probable pero no descartable, es el de fragmentación interna y conflicto, si las Fuerzas Armadas o facciones del chavismo rechazan el nuevo equilibrio de poder (France 24, 2026). En todos los casos, la relación con Washington será el eje estructurante de la política venezolana en los próximos años (El País, 2026).

Cuba: transición lenta, negociación condicionada o endurecimiento terminal

En Cuba se abren tres grandes escenarios: transición lenta y pactada, negociación condicionada sin ruptura inmediata o endurecimiento terminal del régimen. La pérdida del apoyo venezolano, la crisis energética y el bloqueo a la llegada de petróleo han colocado al régimen en una situación de vulnerabilidad sin precedentes, obligándolo a explorar canales discretos de diálogo con Estados Unidos y actores internacionales (Hierro Dori, 2026).

La presión económica y social interna aumenta, pero el aparato de control sigue siendo robusto. Un primer escenario es el de una transición pactada, donde el régimen acepta reformas graduales a cambio de garantías para la élite política y militar, con la Iglesia, la diáspora y organismos internacionales como mediadores clave (Hierro Dori, 2026).

Un segundo escenario es el de una negociación prolongada, con pequeños gestos de apertura, pero sin cambios estructurales inmediatos, lo que prolongaría la crisis y el desgaste social. Un tercer escenario es el de un endurecimiento terminal, en el que el régimen opta por cerrar filas, aumentar la represión y resistir hasta el límite, asumiendo un alto costo económico y político. La dirección que tome dependerá de la intensidad de la presión externa y de la capacidad de la sociedad civil para articular demandas de cambio.

Nicaragua: transición pactada, sucesión controlada o colapso desordenado

En Nicaragua, el régimen Ortega-Murillo enfrenta un horizonte de transición inevitable, pero con formas inciertas. La pérdida del apoyo venezolano y el debilitamiento de Cuba han dejado a Managua sin respaldo estratégico sólido, mientras la presión internacional se intensifica a través de sanciones y aislamiento diplomático (The Conversation, 2025). El país se mueve entre tres escenarios: transición pactada, sucesión controlada o colapso desordenado.

La transición pactada implicaría negociaciones para elecciones supervisadas, liberación de presos políticos y reformas institucionales mínimas, con garantías para sectores del régimen. La sucesión controlada supondría la salida gradual de Ortega y la continuidad del sandinismo bajo nuevas figuras, preservando parte del aparato de poder.

El colapso desordenado sería el resultado de una combinación de presión externa, crisis económica y fractura interna, con riesgo de violencia y desestabilización regional (14ymedio, 2026). La comunidad internacional intenta empujar hacia el primer escenario, pero la lógica de supervivencia del régimen mantiene abiertos los otros dos.

El fin del ALBA y la reconfiguración del orden regional

El colapso del triángulo Venezuela-Cuba-Nicaragua implica, en términos prácticos, el fin del ALBA como bloque geopolítico. Sin Venezuela como motor energético y financiero, y con Cuba y Nicaragua sometidas a presión internacional y en procesos de transición o desgaste terminal, la alianza pierde capacidad de coordinación y de proyección estratégica.

El ALBA pasa de ser un polo alternativo de poder a un vestigio simbólico de un ciclo político agotado (The Conversation, 2025). En su lugar, emerge un nuevo orden hemisférico donde Estados Unidos recupera margen de maniobra, y donde las potencias extrahemisféricas como China, Rusia e Irán ven limitadas sus capacidades estructurales en el Caribe y Centroamérica. La victoria de la Doctrina Trump sobre el eje no solo desarticula un bloque autoritario, sino que redefine los parámetros de la seguridad hemisférica y reinstala la lógica de contención como principio rector de la política regional.

Conclusiones y reflexiones

La caída de Maduro y el colapso progresivo del triángulo Venezuela–Cuba–Nicaragua confirman la eficacia de una estrategia de presión multidominio inspirada en la Doctrina Trump, que combina sanciones, bloqueo tecnológico, aislamiento diplomático y operaciones informativas. Esta estrategia evidencia cómo los comportamientos autoritarios en la zona de influencia de Estados Unidos alteran su visión como nación dominante y que mantener su influencia regional siempre será un interés nacional, reconfigurar el equilibrio de poder en el hemisferio, reduciendo el margen de maniobra de regímenes aliados de potencias rivales.

Al mismo tiempo, los escenarios abiertos en Venezuela, Cuba y Nicaragua muestran que la victoria doctrinal no garantiza transiciones lineales ni democracias consolidadas. Lo que se ha logrado es desmontar una arquitectura autoritaria regional; lo que está en disputa ahora es qué tipo de orden político la reemplazará.

La tensión entre transición pactada, reconfiguración autoritaria y colapso desordenado seguirá marcando la agenda hemisférica en los próximos años. Más allá del éxito táctico de la Doctrina Trump, el desenlace del eje plantea una visión crucial:

“La caída de un bloque autoritario no equivale automáticamente a la consolidación de un orden democrático; abre un espacio de disputa donde actores internos y externos compiten por definir el futuro”.

Bibliografía

- 14ymedio. (2026). Tres escenarios para Nicaragua tras el colapso del eje bolivariano. 14ymedio.
- Burón, A., García, M., & López, R. (2026). La captura de Maduro y el reordenamiento geopolítico del Caribe. El País.
- Council on Foreign Relations. (2025). Venezuela's Political Crisis: International Pressure and Internal Fragmentation. CFR Press.
- Ellis, E. (2023). External Actors and Strategic Competition in Latin America. U.S. Army War College Press.
- Farah, D. (2019). Russia in Latin America: A Strategic Engagement. National Defense University Press.
- Farah, D., & Yates, C. (2024). Transnational Threat Networks in the Americas. National Defense University Press.
- France 24. (2026). Venezuela tras Maduro: escenarios de transición y riesgos internos. France 24.
- Hausmann, R., & Muci, F. (2019). Don't Blame Sanctions for Venezuela's Oil Collapse. Harvard Kennedy School.
- Hernández, M. (2026). La caída de Maduro y el impacto en la estabilidad del régimen cubano. Diario de Cuba.
- Hierro Dori, M. (2026). Cuba ante el fin del apoyo venezolano: crisis, transición y escenarios posibles. DW.
- Hudson Institute. (2022). U.S. Congressional Leadership and Policy Toward Authoritarian Regimes in the Western Hemisphere. Hudson Institute Reports.
- Kofman, M., & Rojansky, M. (2015). A Closer Look at Russia's "Hybrid War". Kennan Institute.
- LeoGrande, W., & Kornbluh, P. (2015). Back Channel to Cuba: The Hidden History of Negotiations between Washington and Havana. University of North Carolina Press.
- Mansilla, D. (2026). Venezuela post-Maduro: entre la transición pactada y la recomposición autoritaria. France 24.
- Piccone, T. (2018). The Cuba–U.S. Thaw: Policy Implications and Future Scenarios. Brookings Institution.
- Radio Santiago. (2026). El fin del ALBA tras la caída del chavismo. Radio Santiago.
- Sánchez, Y. (2025). La Habana teme un efecto dominó tras la crisis venezolana. 14ymedio.
- Santos, J. (2026). La captura de Maduro y el nuevo orden hemisférico. El País.

Smilde, D. (2021). The Biden Administration and Venezuela: Continuity, Constraints, and Strategic Ambiguity. Washington Office on Latin America (WOLA).

The Conversation. (2025). Nicaragua ante el aislamiento internacional: escenarios de transición y riesgo de colapso. The Conversation.

White House. (2017). National Security Strategy of the United States of America. Executive Office of the President.



CEINASEG

Conectamos ideas, transformamos el mundo



ceinaseg@gmail.com



Madrid, España



www.ceinaseg.com